

sas cortesanas, á las cuales conducía á la juventud; bailaba él mismo y pasaba las noches entre la bebida, actos demasiado diversos de nuestra idealidad.

Á los hábitos patrios se atribuye asimismo alguna superstición suya como el recomendar la adivinación (1), el mandar á Jenofonte á que consultase al dios de Delfos acerca de la expedición al Asia; el creer en sueños, uno de los cuales dice en el *Criton* haberle ordenado el estudio de la música; el sacrificar frecuentemente á los dioses domésticos y públicos; y hasta en su muerte pedir la inmolation de un gallo á Esculapio. Otro tanto hay respecto á su genio, acerca del cual tanto dijeron antiguos y modernos.

Con tales cualidades no hay que maravillarse de que respecto á él variase el juicio de sus contemporáneos y conciudadanos; aun callando la implacable enemistad de las medianías contra las eminencias. Con aquel su confesarse ignorante, é interrogar, confundía á muchos y los obligaba á reconocer su verdadera ignorancia. Los jóvenes sus secuaces aprendían tal método, y confundían á otros ignorantes, los cuales se convertían en otros tantos enemigos. Él además mezclaba lo serio con lo jocoso, la ironía con el buen sentido; admitía únicamente suposiciones; se envolvía en alegorías y métricas palabras; de modo que se requería una capacidad nada vulgar para comprenderlo, y era con frecuencia equívoco, y lo llamaban el *bufon ático*.

La malicia de sus enemigos procedió por los pasos que le vemos seguir todos los días. La primera cosa fué confundirlo con aquellos sofistas á quienes él combatía. Á la verdad no iría muy errado quien lo reputase el mayor de los sofistas; sino que el dirigía al bien y á la verdad el arte de aquellos. Y la falta de Aristófanes fué el haberlo tomado por el tipo de los sofistas vulgares, y haber esgrimido contra él el arma mas torpe, por ser la ménos razonable y la que ménos reparacion deja, la del ridículo. Miétras se veía en la escena al supuesto Sócrates andar arriba y abajo por las nubes, y el pueblo aplaudía, el verdadero Sócrates, que asistía á la representación, se puso en pié para que pudiese saciarse en él la petulante curiosidad.

Así hacen su oficio los bufones, y el hombre grande no se deja turbar en sus deberes. Los legados expedidos por los Romanos á Taranto reciben villanos insultos de la plebe por el camino, y sin embargo prosiguen; preséntanse al pueblo reunido en el teatro, exponen su mision, sin dar siquiera señales de las afrentas sufridas.

Quisieron disculpar á Aristófanes reparando en que habian mediado muchos años entre su befa y la acusacion de Sócrates. Oh, ciertamente la befa no mata, pero prepara el camino y

(1) JENOF. op. I, 6.

ahorra á los malvados la vergüenza de herir á una virtud, porque ya fué echada por los suelos por aquellos infames que se jactan de generosos (1).

Y los malvados se presentaron. Eran un Melito, miserable poeta trágico. Un Licon, abogado; un Anito, hombre acaudalado que habia ayudado á Trasibulo á libertar la patria y por esto se vanagloriaba de patriota y afectaba popularidad. Unidos en aquel plan que los malvados saben poner en juego al hacer el mal, acusaron á Sócrates de que negaba los dioses, que introducía otros nuevos bajo el nombre de demonios, y corrompía la juventud ateniense.

Además de que, como indicamos, su modo de enseñar podía llevar ya á malas inteligencias, y sobre todo para quien lo juzgase por palabras aisladas, las acusaciones podían tener fundamento para quien mirase como culpa todo atentado contra la estabilidad de las leyes. Y que Sócrates inspirase á la juventud costumbres nuevas era cierto, mediante un nuevo género de educacion que revelaba las llagas sociales, y por eso ofendía á los gobernantes. Verdad es también que creía que era mas conveniente á la direccion de los negocios la aristocracia y desaprobaba la aristocracia ateniense, en que por las reformas populares de Pericles, los jueces eran elegidos por suerte y los juicios trasferidos del Areópago á los tribunales públicos en los cuales todos los ciudadanos podían tomar parte; de modo que á veces eran hasta quinientos, mil y mil quinientos. Estos ignoraban la doctrina de Sócrates; y ¿cómo hubiera podido él explicar un sistema de filosofía en presencia de tal muchedumbre? Atacar á los dioses patrios para demostrar lo racional de su novedad hubiera repugnado á su sistema. Por otra parte, sus mismos acusadores no lo conocían á fondo; y cuando Sócrates les preguntaba en qué corrompía á la juventud, no le daban sino vagas respuestas. Pero estos hicieron gala de elocuencia, multiplicaron las palabrotas de patria, de culto, de educacion; cebos con que el vulgo se deja coger.

Sócrates mismo queda desalentado y pide se le excuse si tiene que hablar en estilo llano, y con *vocablos vulgares*, por no estar acostumbrado á declamar en la tribuna. Además, el querer convencerles de la verdad de sus doctrinas hubiera sido locura, el renegar de ellas,

(1) RICHTER, *Aristophanisches*. Berlin, 1845.

POL, *De Aristophane poeta comico, ipsa arte bene civis officium prastante*. Groninghen, 1834.

FORSCHHAMMER, *Die Athener und Sokrates, die Geselliker und der Revolutionär*. Berlin, 1837.

GROTH, *De Socrate Aristophanis*. Utrecht, 1813.

VAN LIMBURG-BROWER, *Apologia Socratis contra Melitum redivini calumniam*. Groninghen, 1835.

BAUMHAUER, *Disq. litter. qua examinatur quam vim sophista habuerint Athenis ad etatis suae disciplinam, mores ac studia immutanda*. Utrecht, 1841.

ARISTOPHANE ET SOCRATE. En la *Revue des Deux Mondes*, julio de 1840; en aquel artículo dice De Métil que Sócrates *appliquait le jésuitisme à la logique*. En donde es interesante notar que Desmoutins llamaba á Aristófanes un *jésuite*.

cobardía. Debilísima es, pues, su apología tal cual nos la conserva Platon, que merece mayor crédito porque estaba presente. Nosotros no recordaremos sino que él creyó deber señalar la comedia de Aristófanes, el único, dijo, de sus acusadores cuyo nombre pudiese decir, pues que los demás hablaron donde él no se hallaba, y así no se podía defender. Tan falso es que el efecto de aquella hubiese sido insignificante, y que hubiese cesado de mucho tiempo atrás.

Recurrióse á la votacion, y de quinientos cincuenta y seis jueces, doscientos ochenta y uno votaron en contra, de modo que por solos tres quedaba Sócrates condenado (400 años de C.). El grande hombre no sabe llevar en paz este reves, y cambia la apología en una ironía mordaz que llega hasta el vilipendio; confesase vencido, no en razones, sino en audacia y en impudencia; y puesto que nada da tanto orgullo como la persecucion de los malvados, recita él sus propias alabanzas, como hizo Epaminondas, como hizo Publio Escipion.

Es evidente que la mayor parte lo hubiera dejado en vida con tal de que consintiese en callar; pero su genio no se lo permitía. Condenánlo, pues, á muerte, y no obstante, aceptan por fiador á Criton; ¡fiador para semejante reo! Ven á los mejores llorarle, y con todo, lo matan. ¡Absurdos de legalidad!

Lo que sigue, todo estudiante lo sabe. Así se cumplía un acto de ese drama, largo cuanto la duracion del mundo, de lo hecho, de lo que es y de lo que quiere ser, de las costumbres á que el tiempo diera sancion y de la conciencia que quiere el libre saber, el perfeccionamiento. En la tragedia antigua el hombre perece totalmente; en la cristiana se trasforma, y encuentra en lo futuro la explicacion de lo presente. Tal es Sócrates, que engendra toda la filosofía griega. Los antiguos lo declararon el mas sabio y el mas virtuoso de los hombres; los modernos no han encontrado mas que un solo tipo que contraerle, y este no era simple hombre.

Bien merece, pues, que frecuentemente se recuerde su memoria, no solo para conocimiento de la filosofía griega, sino por la historia de toda la humanidad. Mas como él nada escribió y todas las escuelas dijeron provenir de él, aparece rodeado de una aureola que le da el carácter de un ser místico.

Y en verdad el nombre de escuela no conviene á la suya sino por semejanza, debiéndose mas bien reconocer un espíritu, un modo socrático. Muchísimas personas de carácter y saber diferentes lo escuchaban, procuraban imitarlo, en términos que, de elementos tan heterogéneos no podía resultar sino gran disparidad en el modo de entenderlo. De aquellos mismos que particularmente se aplicaron á la filosofía, no comprendieron todos de una misma manera la doctrina socrática. Algunos conservaron la inclinacion á los deseos sensua-

les, y solo el exterior dejaron que se pareciese á aquel maestro. Otros no supieron descartar las preocupaciones de la antigua filosofía. Los hubo que abrazaron el principio socrático en su verdadero sentido y en sus verdaderas relaciones con las sentencias filosóficas anteriores, cuales son las platónicas.

Nuevas escuelas se formaron pues, y multiplicadas, y que crecen separadas todavía, pero no en los términos que al principio. Entónces las diversas producciones del espíritu científico tenían fuerzas iguales; ahora prevalece absolutamente la jóven filosofía en medio de las débiles y retardadoras. Son varias en forma, pero todas parten de la unidad, no obstante que parezca que no hayan penetrado la conciencia científica de su maestro, desde que sacaron deducciones tan diferentes ó mejor dicho contradictorias.

Sócrates alza el estandarte del saber, y se le reúnen en derredor los mejores, persuadidos de que es necesario buscar las ideas, la esencia de las cosas, pero que estas no se ven á la primera ojeada, sino únicamente por medio de una profunda cultura del entendimiento y de la razon. Buscan, pues, una ciencia que muestre el enlace general de todo pensamiento, un origen comun del saber y de la verdad, de donde nace la necesidad de reconocer el *uno* en el múltiplo. Pero el saber debía excitar á obras fuertes, á acciones racionales; y por esto se debe asociar lo actual con aquello á que se aspira; y de aquí fué precisamente de donde tomaron origen los diferentes sistemas.

Son capitales, entre todos, los de Platon y Aristóteles, espíritu iniciador el primero, espíritu ordenador el segundo. Pero todo lo que se constituyó despues en la filosofía (dice sobre poco mas ó ménos Ritter) se encuentra ya apuntado en aquel gran maestro como en la conciencia de un niño, que ya se ve si hará bien y cómo lo hará, pero que apenas puede expresarlo. De aquí el obrar dubitativo de Sócrates, su profesar no saber nada, sus presentimientos, sus trasportes religiosos. Sabe que no llevará á cabo la regeneracion social del Estado y que no alcanzará la forma perfecta de la ciencia; y por esto se procura auxiliares, insinúa en los jóvenes su elevada idea de la ciencia y de la virtud, y cómo deba conocerse el hombre á sí mismo, pero que su verdadera ciencia debe buscarse en la razon divina, que no está solo en él sino que gobierna todo el universo, el cual por consecuencia está dispuesto de un modo racional; los enseña á encontrar las ideas de las cosas y la esencia que en ellas se revela, los ejercita en tal indagacion, conduciéndolos por una parte á lo individual, á lo intuitivo, procurando por otra determinar la forma general de las ideas. Cree en la ciencia con toda su alma; cree que esta reinará donde quiera que haya verdadero conocimiento racional; que el mal lo hacemos solo involuntariamente ó por ignorancia; que el cuerpo es mero instrumento

de la razón, sin valor suyo propio; que la virtud consiste en la ciencia del bien, y que por consiguiente es una, y puede ser enseñada; que el hombre debe emanciparse de las necesidades del cuerpo si aspira á la verdadera felicidad; que su destino es acercarse á la Divinidad, obrando, no por necesidad, sino por puro conocimiento del bien.

Doctrina tan indeterminada podía ser equívoca; pero aun las escuelas imperfectas que derivaron de ella, manifiestan su origen en dos puntos; en el poco valor atribuido á la ciencia humana y en la prudencia de emancipar al espíritu por medio de la razón. No fué culpa de Sócrates si Aristipo tomó lo ideal suyo en sentido únicamente personal y si creyó encontrar que estamos reducidos á la conciencia de nuestra actualidad fenoménica. Tampoco Antístenes tomó el ideal sino del lado de la personalidad, y desprecia todas las ciencias que no conciernen á la moral; y esta consiste en desmembrar la persona, y hacer que el hombre se baste á sí mismo. La doctrina de los Megareses se eleva mas, reconociendo una razón universal, soberana, fuera de la cual no hay nada; una virtud única, independientemente de toda influencia física; una razón, no de la persona, sino del todo, empero tampoco sabe reducir á esta á concordar con la conciencia individual.

Pero el progreso científico de las escuelas socráticas es menester estudiarlo en Platon, en Aristóteles y en los estóicos. El lado débil de todas las escuelas socráticas es la opinión de que este mundo en que vivimos y con que va ligada nuestra existencia en todo movimiento suyo, no esté destinado á llegar un día á verdadera perfección. Estaba negado á la antigüedad el reconocer una plena emancipación del mal.

Cuanto mas agitada se ve la filosofía por opiniones encontradas, por la mescolanza de la verdad y del error, y cuanta menos certeza ha adquirido la forma de la ciencia, tanto mas debe depender el desarrollo de la filosofía del carácter particular de un hombre, del estado de su ánimo ó de la época. En efecto, las escuelas socráticas principales nos representan las diversas edades del hombre. La juventud se revela en el vuelo atrevido, y á veces fantástico de Platon; que vive casi mas en lo futuro que en lo presente y se halla lleno de confianza en la ciencia y en la vida de los hombres; no creyendo imposible emanciparse cada vez mas del influjo de la necesidad. El genio viril de Aristóteles procede mas circunspecto, aplicase á la realidad actual, encuentra en ella grandes obstáculos y pequeña la fuerza del hombre. La fuerza de la razón activa penetra, es cierto, aun en esta esfera sublunar, y produce en el hombre la energía de la ciencia y de la virtud; pero las variadas influencias de las fuerzas superiores producen en este mundo mudable el incalculable juego de la eventualidad; la experiencia es

limitada, imperfecta, la felicidad es incierta, porque depende de condiciones exteriores. Aun en el caso de que la realidad no fuese demasiado halagüeña, es menester someterse á ella, y podemos hallarla tambien digna de alabanza. Los estóicos hablan destempladamente como la vejez que no encontró nicho acondicionado; celebran lo pasado; siguen vigorosamente la severidad moral; aspiran á lo que la razón tiene de mas elevado; mas solo por oponerlo abiertamente á la realidad. Nuestra ciencia no tiene mas que una imagen vulgar de lo que vive; y estamos bien lejos de la verdadera sabiduría que debiera mostrarnos la marcha de la naturaleza y la ley eterna y sabia que penetra todo el universo, llevándonos así al conocimiento racional de nuestro fin y á una vida virtuosa.

Y nótese como el modo de ver de todos ellos se liga íntimamente á un cierto modo de sentir. Platon, animado de valor emprendedor, eleva los ojos á lo que es mas sublime y al porvenir en que debe alcanzarse; y descontento de lo presente, espera una vida mejor. Partiendo de este aspecto de la investigación humana, por la cual pensaba realizar un día el ideal socrático de la ciencia, admitió que cada alma es una unidad en sí, y como tal es resto de una vida en eterno contingente. Cómo Sócrates, procuró llegar á la ciencia por via de la idea del ente, proponiéndose ligar así lo particular con lo general, con la unidad suprema, absoluta, primitiva, en que todas las ideas encontrarían su verdad. Así llegó á la idea de Dios. Pero Dios, como bien y perfección absoluta, no puede ser sino un ente invariable. Cambia, pues, de aspecto el problema, debiendo conciliar, no solo lo general con lo particular, sino tambien la unidad con la pluralidad, la esencia con la contingencia. Y llegó á ello, partiendo del punto de vista humano. Comprendió que, como filósofos, no hacemos mas que aspirar á la ciencia, partiendo de la ignorancia, pasando por la opinión legitima. Comprendió que no podemos comprender á Dios, el cual se halla por cima de toda ciencia y de toda esencia; pero vió, no obstante, que participamos ya de algo de la ciencia y de la eternidad, y en tal sentido desarrolló su teórica de las ideas. Pero si llegó á elevar gradualmente la filosofía desde la diversidad á la unidad, no logró volverla de la unidad á la diversidad. La pluralidad de las ideas en la unidad de Dios es para él mera hipótesis, y tampoco sabe conciliarla con la idea de que Dios es un todo perfecto, pensando que ninguna idea puede ser considerada como cosa perfecta, siendo solo cierta cosa particular en comparación con la general. Esta es para él la razón de la imperfección del mundo. Á decir verdad, lo sensible no aparece á Platon mas que en nube; bien quisiera concebirlo como un medio de la vida racional; pero no sabe conciliarlo con el modo por el cual lo sensible se le presenta como un obstáculo, como un mal; y no acertando á

explicarlo por medio de la esencia racional de las ideas, se ve arrastrado hasta á considerarlo como un límite necesario, por el no ser, que debería aliarse indisolublemente á la limitación esencial, á las ideas particulares, tales como se hallan establecidas en el mundo. De tal modo abandona la experiencia; espera encontrar la verdad sin auxilio externo, por la sola fuerza interior de la razón propia; y pues es imposible pensar sin imágenes que nos hagan sensibles las cosas, prefiere recurrir á la imaginación antes que á la historia y á la observación de la realidad. Hé aquí por qué su exposición propende tanto á la forma poética y mística.

Pero el curso de la naturaleza y las relaciones determinadas de la sociedad humana restituyen pronto ó tarde de las imágenes á la realidad. ¡Dichoso aquel que habiendo pasado de joven á hombre, y aun conservando á la razón sus mas elevadas pretensiones, ha aprendido no obstante á acomodarse á la realidad, persuadido de que esa satisface en el fondo sus pretensiones, por mas que las apariencias digan lo contrario! Tal dicha no puede atribuirse sin restricción á Aristóteles. Verdad es que, como Platon, se fia á la razón inmutable, á Aquel que mueve todo sin ser movido: verdad es que se abandona mas que Platon á la realidad, viendo la ciencia y la virtud en la energía divina de la forma. Pero en las cosas humanas y naturales, encuentra con demasiada frecuencia excepciones á la ley racional, monstruosidad en la naturaleza, desórdenes en la sociedad humana, que lo obligan á confesar que no todo se halla perfectamente ordenado por la razón; pero no tiene la esperanza de que un día deban ser corregidos los desórdenes que descubre. No le queda, pues, sino admitir, al lado del principio perfecto una necesaria causa de la imperfección, una materia, que no es nada en sí, pero que por toda la eternidad existe en el universo eterno como su condicion. Su punto cardinal es que todo fué, todo será cual presentemente es; que el mundo no está destinado á ser perfecto; que hay en él circulación, no progreso continuo.

En esta oposición del principio formal y del material, debemos echar de ver un progreso de la doctrina, confrontándola con la exposición vacilante de Platon; pero está compensado por otro defecto. Segun Aristóteles, no puede darse forma alguna pura, ningun general inmaterial, excepto Dios. El particular aparece como condicion del general; por lo cual todo es perecedero, aun el alma; y sería tan insensato como inútil el quejarse de estos defectos de nuestra vida cósmica, y es menester tomarla como viene y procurar gozar del mejor modo entre los demás hombres.

Pero el hombre no puede vivir en semejante desesperación, ni los Griegos, habiendo pasado por las escuelas de Aristóteles y de Platon, podían contentarse con esperanzas frívolas como la de Epicuro. Los estóicos, bien que no se fia-

sen puramente, como Aristóteles, de la energía de su vida, y á pesar de que no fuesen capaces de esfuerzos tan atrevidos como Platon, supieron mantener la dignidad de la razón y del ideal en la naturaleza, aun cuando poca esperanza abrigasen para sí mismos. La ciencia de los estóicos revela la contradicción del hombre, precisado á reconocer las mas elevadas pretensiones de la razón, y al mismo tiempo la incapacidad propia y ajena para satisfacerlas. Quieren la ciencia; reconocen que la verdadera consiste en la experiencia de la ley racional que gobierna todo el universo; creen que tal ciencia debe ser posible en el mundo, y que el hombre debería poder alcanzarla, ya que participa de la fuerza racional que viene á él del todo, y que forma la unidad dominante de su alma, exigen del hombre la virtud, piden que en posesión de esta ciencia viva conforme á la ley racional. ¿Pero cuán lejanos no están ellos de esta ciencia? Siéntense sometidos á la sensibilidad; no ceden á otra fuerza que á la física; el mayor punto de elevación para ellos es el libre desarrollo de aquella; todo es material y corpóreo. Así coronan su doctrina con una unidad que todo lo abraza, pero que se halla precisada á dividirse en pluralidad y sujetarse al vaiven de la vida imperfecta para mantener en movimiento su propia existencia. Partiendo de las unidades sensibles, poco propenden á las ideas generales; parece que se ven precisados á considerar lo general como aquello que gobierna el todo; y pues es un modo general empírico, su potencia absorbe efectivamente toda particularidad, toda personalidad que se presente solo como fenómeno pasajero de la vida general. No renuncian á lo ideal, pero no lo miran mas que como fundamento de la actividad viva. El progreso representado por la doctrina estóica consiste en que, reconociendo la antinomia entre la imperfección necesaria del mundo y su principio perfecto, se resuelve á poner la necesidad en el mismo ser perfecto. Con esto expresaron mas precisamente el modo como los Griegos antiguos consideraban el mundo, puesto que Platon y Aristóteles recorrieron mejor los límites de tal modo de observar, y se esforzaron en aventajarlos sin lograrlo.

Mientras mas manifiesto se halla el lado débil de una opinión, ménos puede esta sostenerse. Mas para gran prueba de que la ciencia del hombre depende de las circunstancias de su vida exterior y de sus sentimientos, la doctrina del Pórtico fué eclipsada por el superficial escepticismo, por el tono declamatorio, por la teoría empírica de lo verosímil de los nuevos académicos; y todo pasó en la vulgaridad de la vida y de la ciencia; y conforme á aquella se creyó poder juzgar las antiguas doctrinas filosóficas.

No obstante, de mucho fruto para el siglo que sucedió fueron las investigaciones de entónces, tomando valor de la forma científica, precisa y severa de la ciencia á que se aplicaron, y todas

dirigidas á buscar una ciencia que realmente apurase su objeto. Pero todos, desde la forma científica á que tendian sus trabajos, han sido conducidos á admitir las oposiciones que constituían el objeto de sus tentativas; pero á la vez no supieron encontrar entre ellas relacion alguna determinada, y es muy natural, pues que ateniéndose á su modo de ver, no podian advertir que este mundo esté destinado, en su mas puro principio, á alcanzar una perfeccion completa.

Es decir que Sócrates permanece todavía, por medio de sus discípulos, á la cabeza de la moderna filosofía. Los estoicos pudieron considerarse como una preparacion al Cristianismo, y hoy han desaparecido del todo, ó se han transformado en una escuela puramente moral. Aristóteles y Platon, aunque próximos en época, se hallan inmensamente apartados en ideas, y con este concluye la edad poética y creadora de la Grecia, con aquel empieza la edad crítica y de reflexion. Hasta hoy subsisten ambos como prototipos de las capitales divisiones de la filosofía, representando el uno el principio de la naturaleza, el otro el de la fuerza. De estos dos principios, en cuanto á la cosmogonía, el primero conduce al ateísmo, ó su forma, el panteísmo; el otro al deísmo, y por consecuencia al monoteísmo; en cuanto á la antropología, el primero niega la responsabilidad del yo y su duracion mas allá de la vida, ni reconoce ley moral ó ciencia; el otro se liga á un elemento espiritual, inmortal, responsable, y sanciona la autoridad de la conciencia (1).

Á movimiento tan profundo, tan vasto, tan durable, daba impulso Sócrates con solo proporcionar el retorno de la conciencia sobre sí mismo. Porque lo que mas interesa á una sociedad conservar, despues de haber perdido sus creencias, son los principios; y así importa á lo sumo llamar á la lógica legítima sondeando las máximas del sentido comun, buscando su conexión, determinando los confines entre la certidumbre y la opinion, sacando lo verdadero de la confrontación con la innata luz de la razon, y conciliando por tal medio las convicciones y la virtud, los intereses y los derechos, los cálculos y las creencias. Que si por ventura volviere un siglo ó un país en que los sofistas tornasen á apoderarse del campo; sofistas literatos á quienes el hábito de frívolos análisis constituye ineptos para toda síntesis eficaz, que con amables frivolidades distraen de las lecturas serias; que invadiendo solo las vulgares tri-

(1) RITTER, *St. della filosofia*, I, XI, c. 6.

bunas, de donde aparta á los pensadores el sentimiento de la dignidad; que denuestan desde ellas á quien no los inciensa ó á quien se atreve á creer que el arte es una mision de nobleza y de generosidad; sofistas educadores, que ponen en el trono á la charlataneria, y que con la importancia de las futilidades y de las apariencias sofocan la necesidad de vital alimento; sofistas artistas que adoren puramente lo bello y busquen el arte solo por el arte; sofistas académicos, que por erigirse guardas de una antigüedad de que no temen emulacion hostilicen toda novedad; sofistas lógicos que pretendan someter la conciencia y la religion á las rígidas consecuencias de un silogismo; sofistas filósofos, que desvarien en vanas sutilezas y hagan ostentacion de paradojas, que no son mas que un cambio de frases convencionales; sofistas políticos, que hoy predicán una sentencia y mañana la opuesta, conforme al interes y á la pasion, pero siempre extremas y no discutidas, exagerando los males, y renegando al mismo tiempo de los remedios; si por ventura se levantara un siglo, demasiado orgulloso para querer creer en la autoridad, demasiado tímido para fiarse solo de la propia razon; un siglo en que una general confusion enmarañe los libros siempre que hablen de certeza en los principios, en los medios, en los motivos por el orden natural y sobrenatural; un siglo en que no se sepa qué cosa sean razon, fe, autoridad, creencia en Dios y en sí mismo, ni cómo se distingan filosofía, teología, religion, y las competencias del espíritu humano y de la sabiduría divina, sin consentir que la una prevalezca sobre la otra; un siglo en que la especulacion sofoque la accion, y en que la necesidad de obrar se vea suplantada por la manía de agitarse, de modo que derive de esta una melancolía descontentadiza é ineficaz; un menosprecio del valor á cada paso y de las virtudes mas santas por ser populares; siglo, pues, que por carencia de principios sea vacilante en las consecuencias; siglo en que pretendan el derecho de la palabra aquellos que ménos derecho tienen á él, porque no tienen convicciones; en que la incredulidad y la indiferencia roan los espíritus negados á toda obra, de modo que venga á ser necesario atestiguar, ya que no otra cosa, que la verdad subsiste: en tal siglo, los buenos invoquen un Sócrates; los demas prepárenle un Aristófanes, un Melito y la cicuta.

Ultimamente se ha publicado *Dos Sokrates Leben, Lehre und Tod*, von Ernst von Lasaulx, 1860, en cuya obra se desarrollan principalmente las teorías morales y religiosas de la antigua Grecia.

NÚM. VI

ALEJANDRO Y DEMÓSTENES.

Los gérmenes que la Grecia recibiera del Oriente los llevó á aquella madurez desde la cual empieza el deterioro; obras maestras poseía en todas las bellas artes; la poesía la habia confortado en su cuna con robustos cantos; la filosofía se habia ordenado en sistemas. Tanto incremento no debía quedar en provecho de una sola ciudad ó de un pequeño pueblo, y era hora de que aquel agua se esparciese por otros campos, y que volviendo á mezclarse con aquellas de que se habia derivado, extendiese la fecundidad.

Los Persas habian intentado sofocar en su nacimiento la grandeza de la Grecia; pero la generosa resistencia que esta les opuso le sirvió mas bien de ocasion para conocerse á sí misma. Aun despues de que los sucesores de Ciro hubieron perdido la esperanza de dominar la patria de Leónidas y de Temistocles, continuó la enemistad, y los velados ó abiertos choques con la Persia constituyen la historia externa de la Grecia, y explican tambien gran parte de sus cambios interiores.

La primera invasion persa habia unido de nuevo á los Helenos, adormeciendo interinamente los celos y animosidades provenientes de la diversidad de razas; pero no tardaron en reaparecer. La Grecia formaba un conjunto de pueblos diferentes en origen y en gobierno, semejantes en intereses y en idioma; que tenían entre sí ménos un derecho social interno que uno público externo: desconfiados unos de otros, bien que todos adversos á quien no pertenecía á su sociedad. El tener que resistir á los enemigos les hacia sentir como necesaria la union; pero no sabian hallarla sino con la preponderancia de alguno de ellos; y esto llevaba á la tiranía. Los Atenienses se habian mostrado primero sus libertadores contra los Persas, y despues aspiraron al dominio. Alzóse contra ellos Esparta, que libertó de este señorío á los Griegos; pero bien pronto afianzó el suyo, mas inhumano. Desbarataronlo los Tebanos, los cuales sin embargo no duraron en la supremacia mas que la vida de un hombre; y de este modo se adquiria siempre y se conservaba el imperio destruyendo y oprimiendo. Á aquella

vaga tendencia á la unidad se oponia el genio nacional, y la coexistencia de las estirpes heterogéneas sobre el mismo territorio; de lo cual vino el enflaquecimiento de todos y el desesperar de conseguir una asociacion civil diversa del comun y de la ciudad, y mas adecuada á la creciente civilizacion.

La Persia se mezclaba en aquellos movimientos fractricidas, y favoreciendo á los unos ó á los otros cercenaba la independencia de todos. Despues de la paz de Antálcidas quedaron aun mas sujetas al gran rey: el Asia Menor habia sido absorbida por aquel imperio, es decir, convertida en bárbara por consentimiento de Esparta y de Atenas; y gente griega quedaba vasalla de los Persas. No se resignaban, sin embargo, á la servidumbre, y la idea de hacerse fuertes en términos de rechazar á los Persas, predominaba en los Griegos, aun cuando invocaban la ayuda de estos. Mas para aniquilar una potencia tan grande no eran de modo alguno suficientes aquellas comunidades desunidas; el valor basta para defender la casa propia y para morir combatiendo; pero la victoria no es mas que para los unidos. Un modo de dar unidad á la Grecia era el de poner el ejército bajo un mando único, y lo que habia sido por largo tiempo el proyecto de la nacion, y que ya habian intentado en parte Cimón y Agesilao, fué realizado por los Macedonios. Esta gente dórica, que se habia quedado en la patria al tiempo que los demas emigraron, como los hermanos desterrados habia cerrado la edad heroica para entrar en la Republica, pero ya se desviaba tambien de esta para plantear otra mas vasta. País feudal víctima de luchas intestinas y con los Bárbaros Tracios é Ilirios, no habia participado de la civilizacion griega, por lo que parecia á los Griegos lo que á los Europeos los Moscovitas de un siglo há; pero que, como los Moscovitas precisamente, tenia puesta con la mayor perseverancia su atencion en penetrar en la sociedad helénica.

Aminta, rey, esto es, jefe de aquellos príncipes feudatarios, por haber destruido un cuerpo de Persas despues de la batalla de Platea, pidió el título de ciudadano de Atenas; Alejandro I